

HA MUERTO JAVIER CARVAJAL

PUBLICADO EN

Arquitectura Viva n. 147. Madrid, 2013

HA MUERTO JAVIER CARVAJAL

Suena en el aire el Cuarteto para el fin de los tiempos de Olivier Messiaen. Una música de hermosura abismal. Una música preciosa y precisa que, a mí, me evoca la arquitectura de Javier Carvajal. Porque la precisión es una cualidad que define bien a nuestro arquitecto. Y precisa es un adjetivo que va que ni pintado a la arquitectura de Javier Carvajal. Cuando escribí que su arquitectura “llega a ponerle cotas al agua”, para expresar su precisa precisión, añadí que también le pone “cotas al aire”, que es lo que realmente hacemos los arquitectos. Con la sabiduría de quien, tras proclamar, como nuestro arquitecto insistía una y otra vez a sus alumnos, que la arquitectura es un “arte con razón de necesidad”, sabe bien que la Belleza, también la de la arquitectura, es de primera necesidad para el hombre. Belleza que Javier Carvajal arranca al aire cincelandolo con su mano maestra. El aire así cincelado, como bien nos desvela el poeta, “se serena y viste de hermosura y luz no usada”. Con la hermosura y la luz de su arquitectura.

Nace Javier Carvajal en Barcelona el mismo año en que, también en Barcelona, muere Antonio Gaudí, en 1926. Su vida, su trayectoria y su arquitectura han sido muy brillantes desde el principio. Fue Premio Extraordinario en el Proyecto Fin de Carrera en 1953. Y nada más terminar gana en 1955 el concurso para hacer el edificio de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles en la Diagonal de Barcelona, que construye a su vuelta de Roma, donde va pensionado a la Academia española ese mismo año. En 1963 vence a los mejores arquitectos españoles de aquel tiempo que se presentaban al concurso para el Pabellón de España en la Feria Mundial de Nueva York. Y lo construye. Y los arquitectos americanos se le rinden concediéndole los máximos galardones: el Premio a la mejor arquitectura extranjera de la Feria Mundial de Nueva York del Instituto de Arquitectos Americanos, el AIA. Y le tientan para emprender la aventura americana, a la que renuncia para volver a trabajar a España. En 1965, en las oposiciones en que gana su Cátedra de Proyectos en la Escuela de Arquitectura de Madrid, Oíza se retira porque se presenta “el joven y brillante Carvajal”. Y a los pocos años, en 1968, los arquitectos alemanes le otorgan el Premio Fritz Schumacher de la Universidad de Hannover a la mejor obra de Arquitectura construida aquel año por las bellísimas casas de Somosaguas. Y en 1971 llega a ser Decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid. Y más tarde, Director de la Escuela de Arquitectura de Barcelona y de la de Las Palmas.

Todos los premios, todos los cargos y los encargos, todas las publicaciones y reconocimientos. Pero esto, ya se sabe, en nuestro país es, más que peligroso, imperdonable. Y de repente se hizo un largo silencio que él positivamente ha descrito como de exilio interior. Y en todo este tiempo, su callada dedicación a la enseñanza entre Madrid y Pamplona. Y ahora, por fin, después de tanto tiempo, se le reconoce con la Medalla de Oro de la Arquitectura.

TRAYECTORIA EN TRES MOVIMIENTOS

Si tuviéramos que ordenar su obra al hilo de sus momentos creativos más sobresalientes, yo lo haría en tres claros períodos.

Con la casa azul de los cañones de la madrileña plaza de Cristo Rey de 1954, que no sólo resiste sino que gana con el paso del tiempo, se abre el primer período. Luego vendrá la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de la que el propio Carvajal dirá que era “de un racionalismo con más ecos de Terragni que de los otros maestros, y con ecos del racionalismo del GATCPAC”. Muchos años después, Peter Eisenman, en una visita a Barcelona, no se recataba en sus elogios ante esta obra. De aquella época es el exquisito pabellón de España en la Trienal de Arte de Milán de 1957, donde se atreve a envolver las piezas de los artistas en una prodigiosa tela metálica. Allí llevará entre otros a un jovencísimo Chillida. Todavía hoy nos sorprende su modernidad. Y le conceden la Medalla de Oro de la Trienal. De 1959 es el rotundo Panteón de los Españoles en Roma. Después vendrá la iglesia de Vitoria, donde materializa el espiritual gesto del juntar las manos, logrando un espacio que hoy todavía nos sorprende. Y la tienda de Loewe en Serrano, otra operación exquisita. Y en 1960, la sobria Escuela de Ingenieros de Telecomunicación en Madrid.

El Pabellón de España en la Feria Universal de Nueva York marcará un momento álgido en su carrera y abrirá un segundo período, con un reconocimiento público mayor aún, desde los elogios de Salvador Dalí hasta los de Ada Louise Huxtable, la más importante crítica de arquitectura de aquel tiempo en el New York Times. Vendrían después las casas de Somosaguas, que ya son historia de la arquitectura contemporánea española. Allí rodó Carlos Saura La Madriguera con Geraldine Chaplin deambulando por la arquitectura de Carvajal. Y la casas Biddle Duke, en Sotogrande, y la Sobrino, en Aravaca, ambas de 1966. También de 1966 son los impecables hormigones de los apartamentos de la calle Montesquiza. Y el edificio de oficinas de la calle Caracas que, con el conjunto de viviendas y oficinas de León, será un prólogo de lo que después, en 1972, vendría con la Torre de Valencia. Y todavía en 1974, poco antes de la Adriática, el Banco Industrial de León de la calle Serrano.

Concluye con un último período en el que hay menos obras pero también muy interesantes: la Casa Rodríguez Villa en la Moraleja de 1982 y la Casa Cardenal de 1985 en Pozuelo. En 1988 la Embajada de España en Varsovia y, para la Expo de Sevilla en 1992, el hotel en el que sobre un basamento de hormigones rotundos emergen con fuerza unos blancos y poderosos cilindros.

¿Habrá alguna manera a estas alturas de volver a definir la arquitectura inconfundible de Javier Carvajal? Tan clara y reconocible que incluso se ha producido eso que a él tan poco o nada le gusta: ser copiado por quienes quieren ser más papistas que el Papa.

Muestra Javier Carvajal una pasmosa habilidad para articular espacios, como lo hicieran los arquitectos de la Alhambra que él tanto admira. Plantas, alzados y secciones se concatenan con tal fluidez que la respuesta al juego planteado por el arquitecto parece a nuestra vista como lo más natural del mundo. Traduciéndose en unas formas de enorme fuerza. Pero no es la forma por la forma, sino forma en la que certeramente convergen los condicionantes y los requisitos que demanda el hecho arquitectónico. Con la misma exigencia con que él lo reclamaba en sus clases de Proyectos.

Recuerdo todavía la larguísima y cerradísima ovación que recibió en la Escuela de Arquitectura de Madrid cuando, en su salón de actos repleto hasta la bandera, se cortó la coleta al final de un frío invierno de 1991. Porque así lo establecían los cánones jubilatorios de una ley inadecuada. Pero las leyes cambian, las coletas crecen, y los toreros siempre vuelven a la plaza.

Esta medalla reconoce ahora a una figura clave de la historia de la arquitectura española. E intenta una vez más encajar las piezas del complicado rompecabezas, siempre inacabado, de dicha historia. Como exclamaron mis alumnos de la Escuela de Arquitectura de Zúrich, cuando Carvajal expuso allí sus ideas y realizó unas inolvidables sesiones críticas: “Este es un verdadero arquitecto”.